

F28 930
Acevedo: el Gran Dramaturgo

• Por WILFREDO MAYORGA

En Angol, tierra de Confines; San Andrés de Angol o de los Infantes, hay otra tierra, la de Tracacura -tierra del trueno- donde nació el dramaturgo de Chile: Antonio Acevedo Hernández.

También en Angol vino al mundo Pedro de Oña, el primer poeta chileno, autor de la leyenda de gesta "Arauco Domado".

En estos días, las gentes de Angol de los Confines, guiadas por el profesor Wellington Rojas y el joven dramaturgo Juan Brocamonte, se reunirán en la plaza -a la usanza de una olvidada costumbre- y con alegre respeto y admiración, rendirán homenaje al gran dramaturgo Antonio Acevedo Hernández al recordar que han pasado veinte años desde el día de su muerte.

Los primeros maestros de Antonio Acevedo Hernández fueron el barro y los rieles del ferrocarril que avanzaba hacia el sur, más hacia el sur. ¡Esos rieles eran progreso!

Para quienes no tienen idea de su existencia y solamente aprecian lo que se dice en el extranjero, podemos informarlos que el dramaturgo chileno está anotado en el Diccionario de Oxford desde hace muchos años y antologistas mexicanos, españoles y portugueses lo han definido como "una de las más grandes figuras del teatro contemporáneo, que debe quedar en la historia de la dramaturgia de habla castellana".

En sus obras permanecen estampados los caminos del dramaturgo y las ideas del hombre. Allí expresó sus ideas, sus rebeldías que son las mismas de ese pueblo que él pinta con firmeza.

Antonio Acevedo Hernández se vuelva plenamente como ser humano en cada una de sus obras y las ansias de su propia vida las entrega en los conflictos que envuelven a sus personajes.

Uno de los juegos dramáticos más fascinantes en el teatro de Antonio Acevedo y también el que más le agrada, es aquel que consiste en "extender un puente espiritual" para unir las verdades de la vida de los personajes con los misterios en la muerte de ellos mismos. El autor pretende "construir" un camino entre la vida que va, que se irá un día y la que queda a la orilla de la muerte. Un camino para irse... y volver.

En tres de sus obras principales ese lenguaje lo encontramos con claridad en sus personajes y símbolos.

Su comedia dramática de ciudad, de conventillo "Almas Perdidas"; el drama campero "Arbol Viejo" y la epopeya de la pampa minera con todas sus leyendas llamada "Chañarcillo".

En "Almas Perdidas", una mujer ciega -la madre- inicia la acción y sus últimas palabras prolongan los sucesos finales más allá de la obra.

¡Ser útil después de morir! Si don Juan de la Cruz es como ese "Arbol Viejo" que cayó sobre el estero y es un puente...

La vida y la muerte en "Chañarcillo" son la aventura del hombre y sus leyendas: los únicos caminos del desierto.

Recordar a Antonio Acevedo Hernández es apenas una pausa en su homenaje. Un día, su imagen con los brazos abiertos, estará en todos los teatros para recibir a los nuevos dramaturgos que van llegando.